



**ARGENTINA**

# El debate de hoy

Por **Edgardo Mocca**

*Mocca analiza la coyuntura política que precede a las PASO y la peculiar interna que rodea al Frente para la Victoria en torno a dos posturas: los “pragmáticos” y los “principistas”. Según su perspectiva, es necesario discutir el consensualismo que se esconde detrás de la dialéctica de “continuidad y cambio”.*

La “coyuntura corta” en la que se escribe este artículo tiene dos líneas de desarrollo que se cruzan: el fortalecimiento del gobierno, y particularmente de su líder, después de la operación desestabilizadora que rodeó la muerte del fiscal Nisman, y el desarrollo de la crítica saga que definirá quién lo representará en las próximas elecciones. No es una interna clásica, tiene una peculiaridad que la rodea de una tensión especial: no se está dirimiendo simplemente una cuestión de eficacia electoral de la candidatura oficial sino que se discute cuál es la promesa que el nombre de ese candidato le hará al pueblo argentino. El gran tema es que no hay quién fusione hoy en el Frente para la Victoria esas dos coordenadas, la de la expectativa de triunfo electoral con las garantías de que ese triunfo abra paso a la profundización del rumbo que tuvo el país en estos doce años.

Conviene decir rápidamente que no hay ni puede haber tales “garantías”, lo que equivaldría a asignarle a la política una capacidad de certidumbre de la que es radicalmente incapaz. No estamos diciendo, entonces, que exista la posibilidad de que una correcta elección del candidato asegure la proyección estratégica de las transformaciones de estos doce años. A pesar de eso, la discusión está instalada. Vista desde los extremos argumentales es una discusión entre quienes priorizan exclusivamente la victoria electoral y quienes prefieren en cualquier circunstancia que la representación del proyecto sea la más clara y sincera que se pueda. Entre pragmáticos y principistas.

Entre los pragmáticos abunda una mirada con pretensión de ser una mirada de partido; “antes el movimiento que los hombres”, se recuerda. Como la referencia es al peronismo, se cuenta con el auxilio de su famosa pendularidad que le permite interpretar “los vientos de la historia” y adecuar

al movimiento nacional a lo que esos vientos aconsejen. Si, crisis mundial de por medio, seguiremos en los próximos años en un contexto de restricciones para la sustentabilidad de un proceso de expansión de la capacidad de decisiones del estado nacional en el plano interno e internacional, lo mejor es abrirle paso con un giro de moderación política, de morigeración de los conflictos internos y externos. La portada es muy atractiva: continuidad con cambios. Los que quedan afuera son los dogmáticos, los infantiles, los que se niegan a mirar de frente a la realidad, una mezcla, en fin, de purismo izquierdista sin vocación de poder y de ignorancia de cómo se hace política en la Argentina. ¿Cómo se discute con este pragmatismo —que suele lindar con el cinismo— sin recaer en los clásicos temas de la crítica iluminista al peronismo, en la referencia a su falta de marcos ideológicos o a la de su supuesta carencia de ímpetu revolucionario? El sector “principista” suele recaer en esas razones cuando reclama imposibles garantías personales, se muestra indiferente al resultado electoral o reactiva viejos prejuicios bajo la forma de separar mecánicamente kirchnerismo de peronismo.

El mismo tiempo en el que las cosas se están definiendo no es el mejor para razonar sobre esas definiciones que nos son desconocidas. Tal vez, sin embargo, la discusión sobre las candidaturas es una oportunidad para clarificar un debate que tiene un mayor alcance histórico que el corto tramo temporal que nos separa de octubre. Al fin y al cabo, si estamos escribiendo en una revista kirchnerista no es para declarar abstinencia frente a las decisiones políticas que lo comprometen. La decisión, por otro lado, no será una ocurrencia o un capricho sino el fruto de la evaluación de una concreta correlación de fuerzas. Y esa correlación de fuerzas incluye las huellas de un debate político que no se puede ignorar y del que queremos participar.

***Buena parte de los argumentos pragmáticos alude a la dialéctica de “continuidad y cambio”, suficientemente imprecisa para que cualquier cosa entre en ella. El famoso “cambio” es la parte más sensible del asunto; no siempre se precisa si se habla de cambiar para profundizar el alcance estructural de las transformaciones de estos años o si se habla de cambiar en un sentido de diálogo, consenso y pacificación, según la remanida retórica del conservadorismo argentino.***



Buena parte de los argumentos pragmáticos alude a la ya mencionada dialéctica de “continuidad y cambio”, suficientemente imprecisa para que cualquier cosa entre en ella. El famoso “cambio” es la parte más sensible del asunto; no siempre se precisa si se habla de cambiar para profundizar el alcance estructural de las transformaciones de estos años, por ejemplo para modificar el patrón de extranjerización y concentración del capital que radicalizó el neoliberalismo y que no fue revertido en lo fundamental

***No parece posible separar mágicamente los logros de estos años de los costos en términos de conflicto que se asumieron. El consensualismo se presenta con olor a santidad: qué bueno que va a ser cuando los argentinos nos reencontremos y podamos comer asado juntos otra vez. Pero los consensos realmente existentes que conocemos en la Argentina no autorizan esa presentación. Finalmente coerción y consenso son –desde Maquiavelo y pasando por Gramsci– los nombres de la hegemonía: todo consenso tiene en su interior un principio de exclusión, alguien que queda afuera.***

en la última etapa, o si se habla de cambiar en un sentido de diálogo, consenso y pacificación, según la remanida retórica del conservadurismo argentino. Como no siempre está claro de qué se habla, hay que recurrir, en muchos casos, al discurso del referente de esa posición política, Daniel Scioli. El mensaje de quien hoy es el candidato mejor situado en las encuestas tiene dos tópicos muy destacados: uno es el de la continuidad de las políticas kirchneristas de distribución de los recursos y de reindustrialización del país; el otro es el de un liderazgo paciente, dialogador, que escucha a todos y evita peleas innecesarias. Es decir, mantener las prestaciones y eliminar las contradicciones. Entonces es sobre eso que tenemos discutir y no dejarnos arrastrar por una estéril discusión en la que disputan el triunfo y la pureza.

El presidente que asuma en diciembre se va a encontrar con una

serie de situaciones francamente dilemáticas y no muy propicias para ser resueltas con apelaciones generales y bienpensantes. ¿Se mantiene la tensión con los buitres y con el gobierno de Estados Unidos en busca de una solución razonable y definitiva a la cuestión de la colosal deuda externa que hunde sus raíces en las políticas predominantes entre 1975 y 2001 o



se busca una “solución” a cualquier precio como predica el *establishment*? ¿Se sigue denunciando a los medios de comunicación dominantes por envenenar la conciencia social argentina y por incumplir –apoyados en la corporación judicial– la ley de medios audiovisuales o se establece un diálogo sincero y cordial para acercar posiciones? ¿Se siguen explorando caminos para enfrentar la crisis mundial, apoyados en el crecimiento de la demanda interna y en el desarrollo industrial para reemplazar importaciones o se atiende a los consejos empresarios de achicar el gasto y bajar los salarios? ¿La solución al problema de la inflación está en el aumento de la inversión y la productividad o en la devaluación y el ajuste? No parece posible separar mágicamente los logros de estos años de los costos en términos de conflicto que se asumieron. El consensualismo se presenta con olor a santidad: qué bueno que va a ser cuando los argentinos nos reencontremos y podamos comer asado juntos otra vez. Pero los consensos realmente existentes que conocemos en la Argentina no autorizan esa presentación. Finalmente coerción y consenso son –desde Maquiavelo y pasando por Gramsci– los nombres de la hegemonía: todo consenso tiene en su interior un principio de exclusión, alguien que queda afuera. De hecho los consensos de la década de los noventa dejaron a muchos afuera, cualquiera sea el significado de la metáfora: muchos quedaron marginados de los debates de la época porque se decía que expresaban concepciones arcaicas, ajenas a los tiempos de la globalización y millones quedaron afuera del trabajo, de la salud, de la educación. La invocación del consenso en este contexto no puede sino interpretarse como la bandera bajo la cual el *establishment* procura recuperar la hegemonía política.

Creer en el relato de la continuidad y el cambio, en los grandes consensos y en la atenuación del conflicto por la vía del diálogo es mucho más que apoyar una candidatura, es apostar a un tipo de desarrollo para el futuro próximo y es definir una concepción de la política. La política no es una suma de buenos objetivos y métodos pacíficos para ponerlos en práctica. Ese discurso es premaquiaveliano, es el que sustentaba el dominio de los poderosos en la ficción clerical, el que predicaba comportamientos cristianos del poder y sustentaba la crueldad al servicio del atraso y la debilidad del Estado. Ningún dominador aplica ese recetario de buenos modales y de suma de nobles objetivos, porque su terreno no es el perdón de los pecados sino la lucha por el poder. Ya no estamos hablando de lo que va a pasar en agosto y en octubre. Estamos hablando de lo que pasa ahora, de los términos en los que se discute, en cuáles



son los soportes ideales y de valores con los que estamos discutiendo. En agosto y después en octubre sabremos cómo fueron los resultados –siempre provisorios– de la lucha política. Y habrá que construir un dispositivo para actuar en el nuevo contexto. Pero ahora estamos obligados a clarificar aquello por lo que estamos luchando.

Curiosamente, el debate suele presentarse alrededor de un impulso extremista o binario que se supone predominaría en el territorio de quienes impulsan una escena de plena continuidad que es, hay que aclararlo, continuidad del rumbo transformador. Una parte de quienes debatimos parece haber adoptado el esquema interpretativo de los grandes

***Se puede aceptar que lo avanzado en estos doce años en nuestro país haya sido insuficiente frente a las enormes inequidades acumuladas en años de aplicación irrestricta del consenso de Washington. Pero la defensa de esos modestos avances y la apuesta a seguir en el mismo rumbo lucen incompatibles con la retórica de la moderación y con los cambios de estilo como panacea de una supuesta victoria.***

medios: el cristinismo es una fórmula autoritaria que no admite la pluralidad, no reconoce al mundo empresario y reclama para sí el monopolio de la comunicación. Esta fantasía va curiosamente de la mano con la afirmación de que el kirchnerismo es un simulacro de progresismo para engañar a los ingenuos que lo apoyamos. Hace poco la presidenta resumió el sentido de esta época con el término “equilibrio”. Es necesario un grado de equilibrio social para que los menos afortunados puedan aceptar una convivencia con la desigualdad, es decir con el capitalismo. A los que dudan de la filiación peronista del kirchnerismo puede recomendárseles que revisiten el texto de la intervención de Perón en la Bolsa de Comercio en 1944: ese discurso fue duramente criticado por la izquierda de la época

porque planteaba una política de conciliación de clases basado en un pacto entre el capital y el trabajo que incluyera como cláusula central la justicia social. Curiosamente la experiencia del primer peronismo, sostenida en esa idea de equilibrio social construyó el lenguaje principal en el que se expresarían las clases subalternas en la historia argentina posterior y en el que hoy siguen hablando muchos de los actores principales de nuestro presente. No hay, entonces, un kirchnerismo extremista.



Lo que hay, ahora como en los tiempos originales del peronismo, son clases dominantes renuentes a cualquier conversación que no las reconozca como los decisores excluyentes sobre el rumbo del país. Así fue siempre pero lo es mucho más después de la contrarrevolución neoliberal iniciada en el mundo hace cuatro décadas y consumada en los años noventa del siglo pasado. El capitalismo estatalmente regulado y dispuesto al pacto social ha sido drásticamente reemplazado por la selva del sálvese quien pueda del neoliberalismo que, como no podía ser de otro modo, desembocó en el máximo nivel de concentración planetaria de la riqueza que la historia haya conocido.

Se puede aceptar que lo avanzado en estos doce años en nuestro país haya sido insuficiente frente a las enormes inequidades acumuladas en años de aplicación irrestricta del consenso de Washington. Pero la defensa de esos modestos avances y la apuesta a seguir en el mismo rumbo lucen incompatibles con la retórica de la moderación y con los cambios de estilo como panacea de una supuesta victoria. No sabemos cuál será finalmente el candidato del FPV pero estamos haciendo la experiencia de una discusión política de fondo, la que corresponde al periodo en el que se crean las condiciones de esas decisiones. ●

